

«He hecho la paz como rey, y no como comerciante.» Esto era decir: «No he ganado nada en la guerra, porque la he hecho por mi gusto» (1). Hay, sin embargo, una potencia que intervino en la lucha por salvar el equilibrio. Los Ingleses seguían teniendo en los labios la palabra equilibrio; pero sabemos, por la declaración solemne de la reina Ana, lo que significa el equilibrio para ellos; se trata de asegurar su comercio. Este comercio se hace tan invasor, que bien pronto no sufrirá competencia. Aspira á la dominación de los mares; ¿y este imperio marítimo no es también una especie de monarquía universal bastante más real que la que pudiera elevarse sobre el continente, y mucho más peligrosa para los intereses de los demás estados?

Después de la paz de Aix-la-Chapelle, la política europea cambió de repente, como cambia la decoración en una comedia de magia. Luis XV había armado á la Europa para desmembrar la monarquía austriaca. Pero el rey cristianísimo se hizo aliado íntimo de la reina á quien había querido despojar, y enemigo mortal de su aliado natural. Bajo el punto de vista del equilibrio, estas alianzas no tenían sentido. Por esto María Teresa dice que la balanza era una quimera; lo cual, en boca de los príncipes, quiere decir: «¡Viva el más fuerte!» En realidad, la fuerza dominaba en la política europea, lo mismo entre los políticos que invocaban el equilibrio, que entre los que lo negaban. La Inglaterra se decidió por Federico contra el Austria, su antigua aliada. Intervino en nombre del equilibrio. Pero no era Pitt el hombre del equilibrio, es decir, del repartimiento del poder; quería la dominación para su patria, quería la guerra á toda costa, porque era favorable para la Inglaterra y ruinosa para su rival. María Teresa no tenía otro móvil. En la guerra de sucesión, cuando la victoria volvió á sus banderas, pensó en desmembrar la Francia. En la guerra de los Siete años contaba con aniquilar la Prusia y con repartir sus jirones entre sus aliados. Su hijo José aprovechó estas buenas lecciones: más franco que su madre, profesaba abiertamente el desprecio de los tratados. Es decir, que entre los prínci-

(1) REMUSAT, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1859, t. VI, p. 665.

pes ese derecho no es más que una vana palabra, y que solamente reina la fuerza.

Los reyes se encargaron de dar esta lección á la Europa, como para legitimar la revolución que se preparaba contra la monarquía. Un historiador dice que la política del siglo XVIII, de aquella época de luces, fué la política del robo (1). Aplicada á los reyes, la censura es justa. El reparto de la Polonia es el crimen que no puede expiar la monarquía. ¿Por qué pisoteaba todo derecho y toda justicia? No es á la filosofía á quien hay que culpar, sino á la monarquía absoluta que reinaba en Europa. Quien dice monarquía absoluta, dice negación del derecho, y cuando el derecho no es respetado en lo interior de los Estados, ¿cómo lo ha de ser en las relaciones internacionales, en donde siempre ha reinado la fuerza? Pero si bien ha reinado en el pasado, no reinará ya en el porvenir. Precisamente á este siglo de las luces, á esta filosofía tan desacreditada por los hombres de la reacción, se debe la doctrina de humanidad, de justicia y de fraternidad, que algún día ha de renovar la política é introducir el derecho allí donde estaba entronizada la fuerza.

§ II.—El despotismo.

I.

Los historiadores modernos no encuentran bastantes maldiciones contra las torpezas de la monarquía en el siglo XVIII. Como de costumbre, los últimos son las víctimas propiciatorias de las faltas que pesan sobre generaciones enteras. Esto es injusto. No tratamos de rehabilitar la memoria de Luis XV; ¡Dios nos libre de semejante pensamiento! Pero no es él el único culpable. El despotismo, ese azote de la humanidad, es el mismo en Berlín, en Viena, en San Petersburgo y en Versalles; los reyes filósofos, las emperatrices que están en correspondencia con Voltaire, no tie-

(1) SCHOELL, *Curso de historia*, t. XXXVII, p. 27.

nen doctrina distinta de la del despreciable príncipe que entregó su poder á las prostitutas. El abuelo de Luis XV y todos los reyes de su raza, todos los ministros que han prestado el apoyo de su inteligencia para elevar el edificio de la monarquía absoluta, son cómplices del mismo crimen. Hay más. La nación misma es cómplice, porque satisfecha de la igualdad que le proporcionaban sus reyes, sacrificó la libertad. Hé aquí, no una justificación de Luis XV, pero sí una excusa.

Añadamos que, en los designios de la Providencia, la abyección de la monarquía produjo un bien. Cuando el despotismo se encarna en un Luis XIV, un Federico II, un José II, hay peligro de que deslumbre á los pueblos y les haga olvidar sus derechos. Pero toda ilusión se hace imposible cuando se oye á un Luis XV proclamar «que los reyes no son responsables de sus actos más que á Dios mismo, de quien reciben su autoridad» (1). ¡El derecho divino y Luis XV! En verdad, puede decirse que Dios, en su infinita bondad, ha querido abrir los ojos á una nación cegada por el prestigio de la monarquía, enviándole un príncipe cuyo nombre, cubierto de infamia, debía hacer infame la doctrina que invocase. Oigamos, pues, á ese rey que tiene por misión demoler la antigua monarquía. En un *Sólio de justicia* celebrado en 1766, declaró que su autoridad era absoluta: «En mi sola persona reside el poder soberano; de mí solamente reciben su existencia y su autoridad mis tribunales. A mí solo me pertenece el poder legislativo, sin dependencia y sin compartirlo con nadie. El orden público emana por completo de mí. Mi pueblo no forma más que uno solo conmigo. Los derechos y los intereses de la nación, de los que se pretende hacer un cuerpo separado del monarca, están necesariamente unidos con los míos, y no reposan más que en mis manos» (2).

Hé aquí la teoría; veamos cómo se ejercía aquel poder inmenso, cómo en la realidad se confundían los intereses de la nación con los del rey. Luis XIV inauguró el régimen de las queridas; la úl-

(1) Manifiesto de la corte de Francia contra la España de 1718. (ROUSSET, *Memorias*, t. I, p. 267.)

(2) TOCQUEVILLE, *Historia filosófica de Luis XV*, t. II, p. 445.

tima parte de su reinado, á despecho del orgullo del rey, fué el reinado de la astuta Maintenon. Bajo su sucesor, las queridas fueron reemplazadas por prostitutas. Pasemos en silencio la administración del regente, verdadera orgía de perdidos. Al regente sucedió el Duque. ¿Quién es el Duque? Se lee en el periódico de *Barbier*: «Nuestro primer ministro no satisface á nadie; es sabido que no tiene sentido comun, ni práctica alguna de los asuntos públicos, lo cual es triste ocupando semejante puesto» (1). ¿Quién gobernaba, pues, la Francia? «El ministerio del Duque, responde *Duclos*, fué el de la marquesa de Prie, la criatura más desenfrenada. Durante dos años y medio fué dueña absoluta del reino» (2). ¿Habrá necesidad de preguntar cuál era la política de aquel magnífico régimen? *Saint-Simon* dice que «el Duque fué un hombre hecho á propósito para favorecer los intereses de la Inglaterra, por hallarse ciegamente poseído por la marquesa de Prie. Con su belleza, aire y talle de ninfa, y mucho talento, era un prodigio de las más funestas pasiones en el más alto grado; ambición, avaricia, ódio, venganza, dominio sin consideración, sin medida y sin consentir la menor contradicción. Los Ingleses, bien enterados de nuestras interioridades, se apresuraron á ganarla, y mediante la pensión que recibía de ellos el cardenal Dubois, todo salió á su gusto» (3).

Parece que estamos en un lugar de prostitución. Y ¿qué hacía entre tanto el joven príncipe? Luis XV se dedicaba á la caza. Se trató de proporcionarle placeres que estuviesen más en armonía con las costumbres del tiempo y con el espíritu del siglo. Oigamos al abogado *Barbier*: «Se quiere aficionar al rey á las mujeres, porque con esto se espera hacerle más tratable y más cortés. Se cuenta principalmente para esto con la duquesita de Epernon, que es muy bonita y muy joven. Madame Vrillière es la encargada de la comision; pero bien podía tomar al rey para sí misma, porque es bonita también y *mujer de experiencia*» (4). Luis XV respondió, más de lo que podía esperarse, á los trabajos que la

(1) *Diario de BARBIER*, t. I, p. 196.

(2) *Memorias de DUCLOS*, en *PETITOT*, t. LXXVII, p. 23 y 27.

(3) *Memorias de SAINT-SIMON*, t. X, p. 276.

(4) *Diario de BARBIER*, t. I, p. 211.

córte se tomó por formarle; si empezó tarde, supo recobrar el tiempo perdido. Su primer ensayo fué un golpe maestro; vivió en el incesto con cuatro ó cinco hermanas. Para completar este ideal de depravacion, hay que añadir que el preceptor del jóven rey, el primer ministro, favoreció estos desórdenes! ¿Y aquel ministro era un príncipe de la Iglesia? Los vergonzosos placeres de Luis XV eran una garantía para el cardenal de Fleury de que no le quitaría su autoridad. Despues de su muerte no tuvo ya primer ministro. ¿Quién, pues, reinó? Las prostitutas, nobles ó plebeyas. Cuando decimos que reinaban, hay que tomarlo al pié de la letra. No era solamente una influencia tan vergonzosa como funesta: era un verdadero poder constitucional, dice un escritor, si puede hablarse de constitucion bajo un régimen como no se encuentra otro en los harenes del Oriente. Los ministros dirigian sus informes á las queridas reales, y despachaban los negocios bajo su direccion (1).

Madame de Chateauroux, dice un grave historiador, sucedió en el poder al cardenal (2). Para vergüenza de Luis XV, hay que decir que los pocos meses en que mostró un poco de energía fueron aquellos en que madame de Chateauroux le inspiró su ambicion de grandes cosas. Bien pronto una jóven plebeya reemplazó á las condesas y á las duquesas. No faltó completamente razon á la córte al quejarse de que la Poisson dominára donde habian dominado las grandes damas. Bajo el punto de vista moral, una prostituta noble y una prostituta plebeya es lo mismo. Pero la nueva querida era tan limitada de espíritu como perversa de corazon. Reinó tanto tiempo como Fleury. Sabido es á qué vergonzoso oficio se entregó durante los ocho últimos años de su poder, para conservar su influencia sobre un rey impúdico. «¡Qué reinado, gran Dios! exclama un historiador. Ni una idea, ni un sentimiento; la avidez del poder, el más frivolo egoismo, la suerte de la Francia y de la Europa se deciden por intrigas de cortesanas!» (3).

(1) EDINBURGH REVIEW, 1849, July, p. 98.

(2) SCHOELL, *Curso de historia*, t. XL, p. 2.

(3) MARTIN, *Historia de Francia*, t. XV, p. 277.

Los historiadores se preguntan por qué corrió á torrentes la sangre francesa por destruir á María Teresa en favor de Federico II, por qué corrió despues por aniquilar al rey de Prusia en favor de la emperatriz. Habia que penetrar en los pequeños gabinetes de madame Pompadour para contestar á esta pregunta, y en definitiva, tampoco se averiguaria más que lo que se sabe de antemano: que la guerra y la paz se decidian segun el capricho, y lo que es aún más vergonzoso, segun los intereses de una cortesana. Una querida del rey fué la que, bajo la inspiracion de un ambicioso, el conde de Belle-Isle, decidió la guerra de sucesion. Otra querida dictó la vergonzosa paz de Aix-la-Chapelle. Necesitaba madame de Pompadour la paz á toda costa, y con cualquiera condicion que fuese (1). Se improvisó, pues, una paz que contenia el gérmen de una nueva guerra. Bien pronto la Francia cambió su política secular, se alió con el Austria, y puso su poder á disposicion de los odios de María Teresa. ¿Por qué? Porque así agradaba á Madame de Pompadour. La guerra se hacía con la misma inteligencia que los tratados de alianza: «¡Una querida caprichosa y sin luces que dispone del generalato, lo da, lo quita y lo devuelve, como por vértigo! Generales sin virtud, sin talento ni honor, que no conocian más que el arte de intrigar en Versalles, y cuyo gran estudio era el arte de agradar á madame de Pompadour» (2). Lo que hay de más infame para el rey y la querida real es que tenian conciencia de esta decadencia de la Francia, veian el abismo hácia que corria la monarquía. La marquesa se consolaba diciendo: «¡Despues de mí el diluvio!» Y Luis XV era de la misma opinion. «Las cosas tal como van, durarán tanto como yo.» Tal fué la conclusion de una conversacion muy seria del rey (3). La paz de 1763 fué más vergonzosa todavía que la de 1748; parecia que la Francia habia vuelto al tiempo de los Valois, cuando sus enemigos se repartian su suelo. Sin embargo, la Francia no habia llegado al colmo de la vergüenza, habia sido gobernada por una prostituta, pero aún habia de sufrir el rei-

(1) *Memorias de RICHELIEU*. t. VII, p. 244: «M. de Saint-Severin, partís para Aix-la-Chapelle; haced lo posible por traernos la paz á cualquier precio que sea.»

(2) *IDEM*, *ibid.*, t. IX, p. 155 y sig.

(3) *Memorias de madame DU HAUSSET*, p. 94.

nado de una mujer salida de un lupanar. Y la griseta tuvo más influencia que el primer ministro. ¡El duque de Choiseul, que, según se dice, pensaba en levantar á la Francia de su abatimiento, fué derribado por una mujer pública!

Luis XV ha llenado su papel. A la muerte de su abuelo, la Francia era monárquica, á pesar del despotismo del gran rey. Conservó el culto de la monarquía con una especie de obstinación. Cuando el joven príncipe estuvo en peligro de muerte en Metz, la nación entera estuvo de duelo; cuando recobró la salud, como por milagro, la nación, loca de alegría, le saludó con el nombre de Muy Amado. Cuando Luis XV murió, los Franceses no tenían ya para la monarquía más que el más profundo desprecio. Estaban tan apartados de su rey, que su miserable política y los desastres de sus guerras ruinosas parecían serles extraños. La Francia no se sentía más humillada por la vida crapulosa de Luis XV y por sus reveses, que lo que se afecta un esposo divorciado por la inmoralidad y desgracias de su cónyuge, que no es ya nada á sus ojos. El divorcio entre la nación y la monarquía se había consumado. Mientras el príncipe se revolcaba en el fango y prostituía el honor y los intereses del Estado, de quien se llamaba señor, los Franceses le olvidaban; oían con avidez á los filósofos que les decían que las naciones no se confunden con los príncipes que las gobiernan; que la soberanía no pertenece á los príncipes, sino á los pueblos. La Francia se decía que no era culpable de un régimen que la excluía de toda participación en los negocios. Dejó que la monarquía se consumiera, y se preparó en silencio á nuevos destinos.

II.

La casa de Austria ha sido por lo ménos tan maldita como la de los Borbones, y la historia imparcial debe decir que merece estas maldiciones: «Su política, dice *Leibnitz*, es una conspiración continua contra los derechos y las libertades de los pueblos.» La frase no es demasiado dura. Apenas los Hapsburgos fueron emperadores, excitaron por su tiranía la insurrección del país que fué su

cuna; á fuerza de heroísmo conquistaron y conservaron los Suizos su independencia. El más grande de los príncipes de la casa de Austria fué también el más hostil á los derechos de las naciones. Carlos V quitó sus franquicias á los municipios y despojó á Castilla de sus privilegios. Al destruir la libertad de España preparó su decadencia. La preparó también, y en cierto modo la aseguró, encorvando á los pueblos bajo el yugo del catolicismo. Hizo cuanto pudo por que la Reforma sucumbiese, y con ella la libertad del espíritu humano. Puede decirse que el libre pensamiento y los Hapsburgos son enemigos natos; extirparon con el hierro y el fuego el protestantismo, que había echado profundas raíces en Austria, mientras que la rama española hacía otro tanto en los Países Bajos. El estúpido régimen de una religión intolerante embruteó las poblaciones y enervó sus facultades morales é intelectuales.

La libertad política no gusta más á la casa de Austria que la libertad religiosa. En Bohemia la constitución nacional fué destruida; los Hapsburgos hubieran extirpado hasta la lengua nacional, si hubiese estado en manos de los príncipes el matar á una nación. Despojaron á la Hungría de su independencia, y cuantas veces prometieron devolverle las libertades, que habían jurado defender, engañaron á los Húngaros y violaron sus juramentos. La desgraciada Italia ha gemido largo tiempo bajo su torpe dominación. Si el despotismo es menor en sus Estados hereditarios, se debe á que el gobierno ha ahogado en ellos durante siglos toda vida intelectual para no dejar subsistir más que la vida física: «Ningún gobierno cristiano, dice un escritor inglés, ha trabajado con tanto éxito por perpetuar la ignorancia. Los czares rusos han hecho tal vez en cincuenta años más por la civilización que los Césares austriacos en tres siglos» (1). En el siglo XVIII el despotismo reinaba por todas partes; pero en medio de todos los déspotas, los Hapsburgos se distinguieron por su desprecio hácia todo derecho, desprecio llevado hasta la estupidez. No da uno crédito á sus ojos cuando lee en una ordenanza de José I, de 20 de Diciembre de 1705, «que todos los Bávaros eran culpables del crimen de lesa-

(1) EDINBURGH REVIEW, *Selecciones*, t. IV, p. 69-81. (*Revista británica*, 1827, t. LI.)